

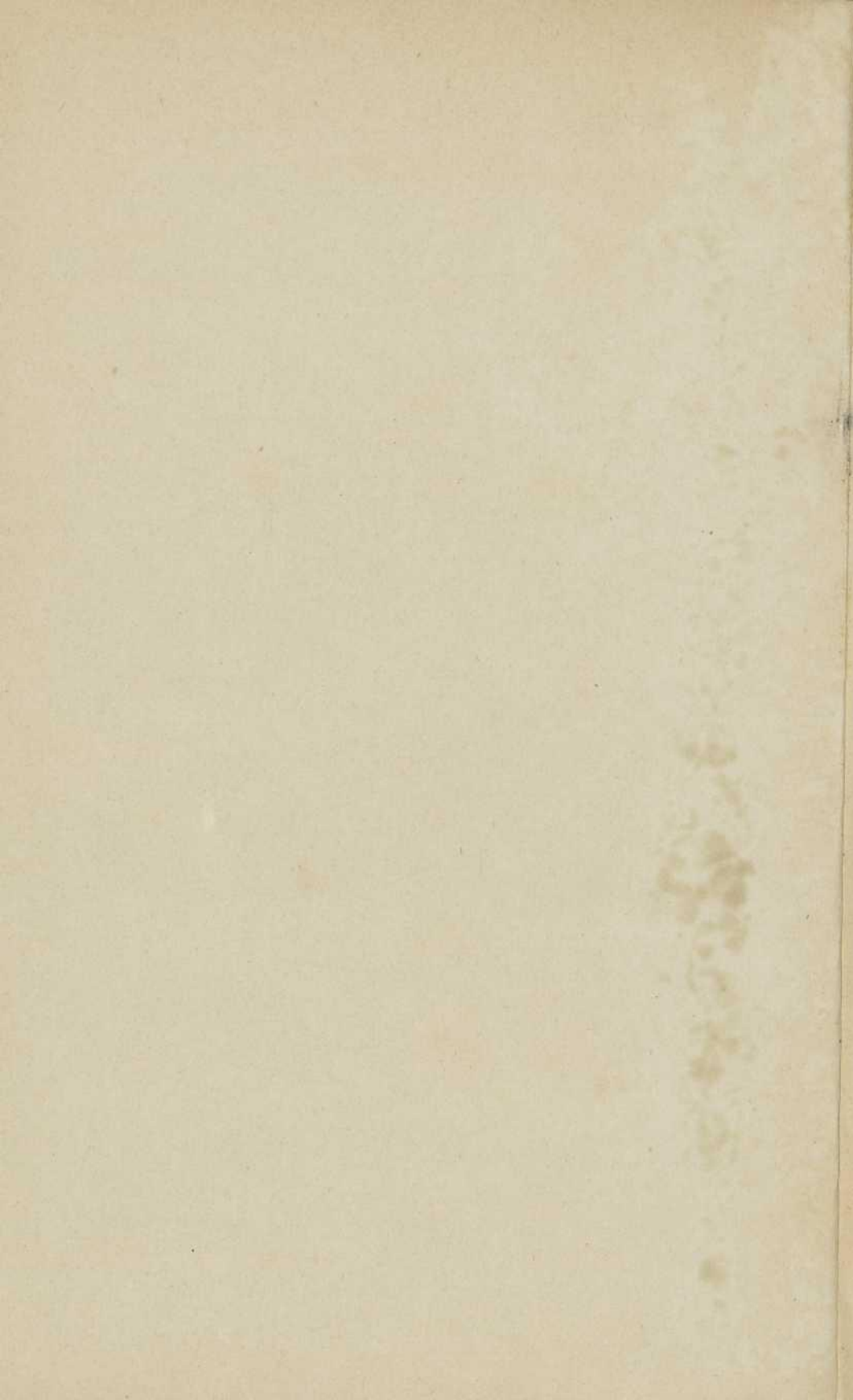
S
RES

RDO

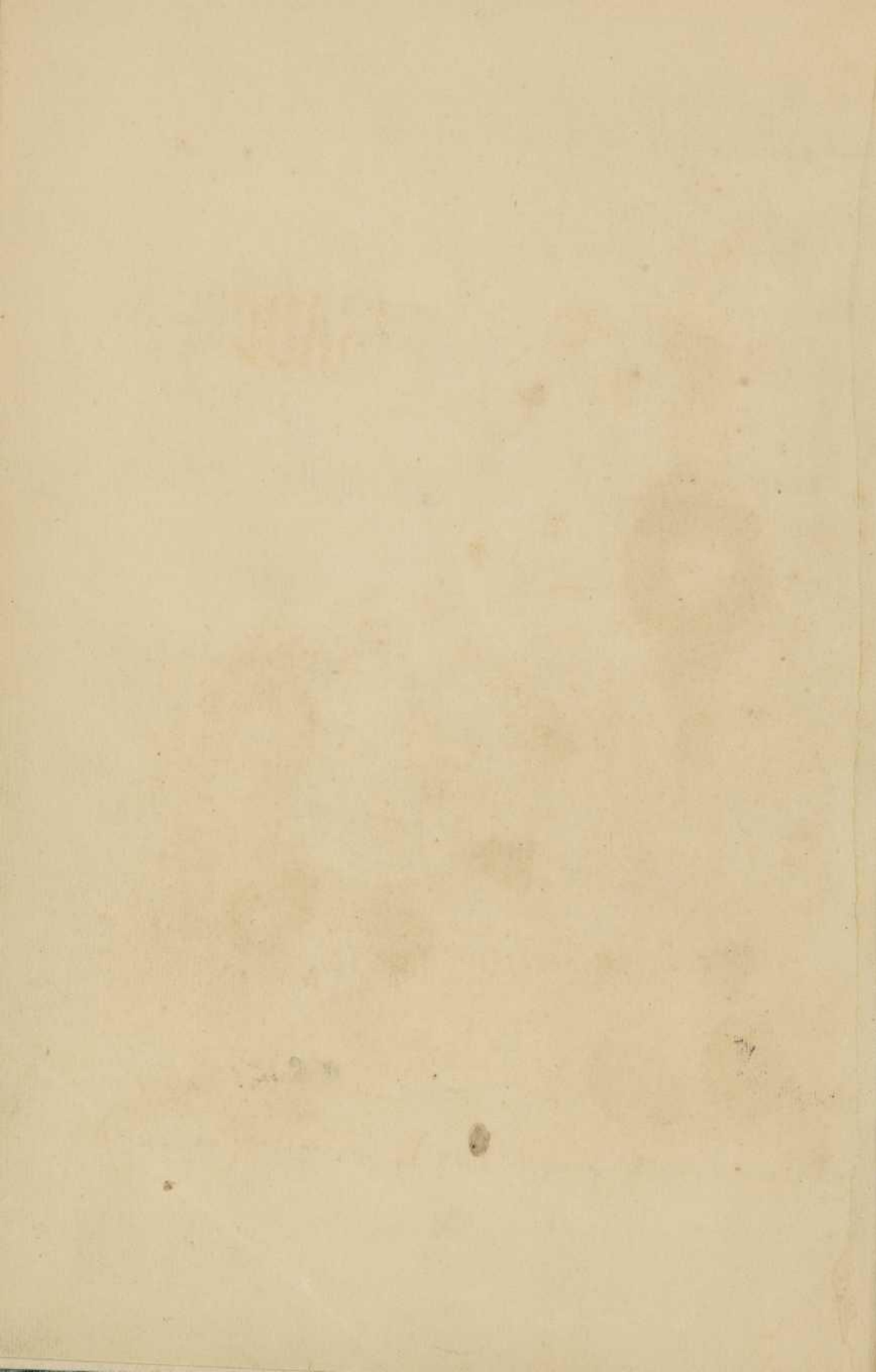
SS
0











LOS TIRADORES DE FERMINSON.



TRADICION
POR
T. G. S.

H. Dalmau
1892

Ilustrada por Poy Dalmau (herm.)
1892.

R.92.964





I.

Una temporada ya años
atrás cazábamos varios amigos en
un cierto cortijo de la serranía de
Ronda que era verdadero cortijo
es decir rudo y sencillo con como-
didades pero sin refinamientos,
limpio aunque sin perfumes y a-
gradable aunque sin confort; halla-

base situado en lo intrincado de
la sierra en un lugar rudo gigan-
tesco y bravo al que se llegaba
por veredas de cabras en las que
peligra el individuo constante-
mente y por las que no suele pa-
sar sino algún pacífico y experto
burró conductor del guarda, del
cazador o del touriste que por a-
quellos intrincados laberintos se
mete. Aunque alto, hallabase
situado en la vertiente de la sie-
rra que mira tierra adentro y ro-
deado de silvestres rosales, altas
chumberas y colosales pitas bien

puédiera tomarse como retiro ó pa-
raiso de algún iluso, de algún
soñador ó de algún poeta pero
aquel paraíso sólo es habitado por
un guarda de sus setenta y cinco
años, fuerte y robusto como una
encina y su mujer vieja á propor-
ción los cuales entienden poco de
poesía y sólo se ocupan, de las ca-
cerías el varón y de sus rudas la-
bores domésticas la hembra.

Tiene el cortijo anejas buena por-
ción de fanegas de tierra, pero de
esa tierra gris y pizarrosa que sólo
produce flores salvajes, aunque

lindas y resbalones; por tanto su
valor metálico es bien escaso pe-
ro su valor puntoreseo es tan gran-
de como toda la sierra y tan bra-
vio como ella. Su dueño ni esca-
zador ni poeta y no parece nun-
ca por allí y aquel divino escon-
dite solo lo conocemos algunos a-
migos suyos que tenemos mucho
de lo primero y si se quiere algu-
nos ramalazos de lo segundo. Va-
mos, estamos unos días, dispare-
mos a nuestro antojo, matamos
lo que se puede y volvemos sano-
tes, contentos, agradecidos con el sil-

veste olor del tomillo y del romero en las ropas y el recuerdo de las grandezas del paisaje allá en el alma.

En aquella época una de las muchas veces que fuimos llovió en abundancia podíamos salir poco y se pasaba el día en la casa jugando al tresillo, fumando, contando mentiras de caradores, durmiendo o soñando que de todo había. Venía con nosotros y por vez primera un muchachote francés, vivaracho, alegre y simpático quien nos ha-

cia pasar más agradablemente el tiempo o haciendo juegos de manos con rara perfección o cantando al son de un organillo detestable que yace arrumbado en el cortijo alegres couplets con voz bien timbrada. El guarda tenía predilección por él y se entontecía con su nigromancia y se reía grandemente al verle hacer bascas y piruetas cuando cantaba.

Una noche, aburridos ya de no poder salir en tantos días jugabamos, preciso será decirlo, al monte cuando entró el guarda y anunció

que el Levante barriá las nubes y que el día siguiente con la ayuda de Dios ha-



bría cacería. Aquello sacudió el aburrimiento y la velada se trocó de tristonera en bulliciosa y mientras que fuera el viento bramaba haciendo retemblar las hojas de las ventanas, por dentro á la luz de un valetudinario quinqué y de unos cuantos candiles se cantó se bailó y respondieron á los melancólicos bramidos del vendabal las

las notas alegres de las murcia-
nas y las sonoras y atenciosas
malagueñas; el francés estuvo como
nunca de animado, de diestro y
de voz; todos lo celebrabamos con
grandes aplausos y el guarda
se desternillaba de risa viendo-
le cantar aquello de

Il y a dans Paris un père blanc
papá

para luego quedar atonito á la
desaparición de un reloj, de u-
na moneda, de un guijarro que
se encontraba despues en el sitio
más escéntrico.

Hubo vino y brindis y la animación era tremenda cuando se levantó uno de los presentes y se le ocurrió brindar por Francia que produjo el ser agradabilísimo que en aquellos momentos nos hacía felices. Él guarda que en aquel momento se estrechaba las cañeras rindiendo estrepitosamente, puso se sirvió y protestó con tono sañudo y frase resuelta añadiendo que no era de buenos españoles hacer aquello y que con perdón de sus mercedes no sabía si que era el brindis; entonces yo le indiqué que tuviese

cuidado con lo que decía porque el señorito aquel de los juegos de manos era francés. Operose un cambio brusco en el serano, miró con odio á quien momentos antes admiraba y su fisonomía franca y leal se contrajo con un movimiento de inexplicable ira. Persistió entre los presentes la idea del brindis y en el momento en que todos alzabamos las copas en honor de la patria de Molière, de Napoleón y de Lesseps á los acordes de la Marsellesa cantada en coro el guarda se levantó como un rayo

tirando atrás la silla y lívido y convulso se largó cerrando de golpe la puerta oyendose después sus pasos que se alejaban y ya no se presentó en toda la noche.

Al acostarme con la cabeza algo levantada de cascos no sé por qué di en acordarme de aquella ida repentina y como esas ideas que acometen a uno momentos antes de dormirse son fijas al traspasar los umbrales del sueño tenía ya decidido averiguar la causa de la raborada aquella.





II.

Elarcaba un hermoso día de otoño cuando salimos de la casa; la sierra estaba rodeada de bruma en su parte superior; las nubes grises que rapidísimamente se alejaban tierra adentro se llevaban las lluvias y quedaba en su lugar un cielo azul, sereno y tranquilo

en el cual, salpicadas aquí y allá al acaso, veíanse titilar algunas estrellas. La tierra despedía el singular olor acre de la mofadura y temblaban en las hojas de los arbustos silvestres las gotas del rocío como brillantes que se hubiesen desprendido del engaste de turquesas del firmamento.

De cuando en cuando una bocanada de airecillo nos hacía estremecer de frío y allá en las laderas de enfrente oíamos el grito penetrante de las cogujadas y el acompasado ctichichi de los bandos

de perdices.

Los cazadores habíamos salido antes del alba y mientras que los demás ojeaban entre restalones y ternos el guarda y yo sentados cercanos a un precipicio departíamos tranquilamente fumando nuestros cigarrillos, con el sabor del aguardiente matutino aún en la boca y ese escalofrío propio de un madrugón terrible mayormente cuando la mañana es húmeda y tristonía; él miraba el fondo del precipicio con expresión dura y yo procuraba

som sacarle con disimulo la causa de la escapatoria de la noche anterior.

El lugar era pintoresco como el solo; la sierra, cortada casi a pique, dejaba ver allí en un abismo unas piedras rojizas y areniscas, un riachuelo que serpenteaba entre las matas de adelfas y los cañaverales y un lecho de arena brillante y terso como un espejo; las brumas de la mañana lo ocultaban de cuando en cuando y se veía como al través de una gasa, como velado por algo.

Canto insistí con el guar-
da que este, ya exaltado me
dijo

- Perdone osté, Don Antonio, que
en mi relate se escape algo que
pueda ofender á su amigo el fran-
chute pero voy á contar á osté
tal como la ví de mi padre, que
en ella estuvo, la historia de este
españero y verasté como tengo ra-
són en hacer lo hecho.

Me la contó en su lenguaje
pintoresco y exaltado pero como
en ella se le fueron algunas pala-
bras duras y muchas mal sonan-

-tes de las que omite el Diccionario, las omitiré aquí y, aparte de eso, haré la relación tal como la escuché del guarda montañés, que ya duerme el sello ⁽¹⁾ eterno, en aquel lejano, triste y poético amanecer del mes de Octubre.



(1) - lease sueño



III.

ino el año 9 que fué
de calamidades y como la prin-
cipal de ellas se descolgaron los
franceses. Colaronse por toda An-
dalucía y hasta mediado el
año no entraron en la sierra;
talaban los campos, quemaban

los pueblos y en todas partes se les hacía una resistencia tenaz y terrible que concluía casi siempre por tener que huir los paisanos vencidos por el número y la disciplina, dejando en los campos matirados, de amapolas cadáveres de amigos y llevándose en el alma el dolor terrible de ver sus casas, sus tierras y su cielo profanados por manos extrañas que sin motivo y sin razón los acometían. El heroísmo rayaba en sublimidad casi siempre pero la sublimidad cuando

no está ayudada por la fuerza y la fortuna vale poco y los paisanos destrozados sólo contaban en abono suyo el valor personal y el odio inmenso que á los invasores profesaban.

Entre aquellos paisanos surgió, como un rayo diminuto de la guerra, como una abreviatura de Napoleón, Lucas Pintallo.

Lucas Pintallo era un labrador de regular fortuna, joven, de bien trabajador y generoso; en labrar tierras nadie le aventajaba y pocos le alcanzaban cuando se co-

riendo. En aquella época hacía pocos meses que se había casado y muy pronto iba a tener un heredero a quien él, desde el fondo de su rústica conciencia se prometía inculcar todas las condiciones de laboriosidad y destreza que lo adornaban. Las horas libres se las pasaba soñando con el ser, ya en germen, que había de ser primero la distracción de su juventud, los cuidados de su edad madura luego y por último consuelo apoyo e infantil alegría de su vejez. En su corazón noble y levan-

todo, a pesar de su falta de cul-
tura, sentíase siempre lo bello, lo
hermoso y aún lo sublime y ba-
jo las rudas formas del monta-
ñés transparentabase en él el ver-
dadero tipo del caballero.

Por el tiempo aquel cuando él
soñaba con su hijo llegaron los
franceses.

Y quiso la mala suerte de unos
y otros que fuera el suyo el primer
pueblo incendiado y su casa de
las primeras que cayeron derriba-
das por el ejército invasor. Su
mujer, sorprendida en un pe-

riodo delicado, sucumbió ahogando al propio tiempo el ser que llevaba en las entrañas y quedaron sepultadas bajo los escombros, al par que el cadáver doble, la dicha, la alegría y todos los ensueños e ilusiones del pobre labrador montañés.

Entonces se reveló de una vez el temple del alma aquella; lloró un día sin consuelo ante los restos de su felicidad y desapareció luego del pueblo al que no volvió jamás. Licias recorrió las aldeas incitando a la venganza

a los serranos, y en las hermosas noches del estío de la sierra, a la luz de una luna refulgente y tranquila (astro muerto como las ilusiones del montañés) esplamaba sus ideas en los cortijos con una elocuencia imposible de explicarse en un hombre como aquel y era que su imaginación exaltada meridionalmente y sus sentimientos heridos allí en lo profundo de su ser reuníanse convergiendo para dar paso a la venganza y



Las palabras salían á borbotones de su boca, sin sentirlo él, instintivamente porque cuando las fibras del corazón son heridas de verdad, el entendimiento más rudo encuentra palabras y palabras elocuentes para pintar su sentimiento mayormente cuando este sentimiento es de venganza. Así puede decirse sin temor de equivocarse que Lucas Pintallo fue el alma de la insurrección de la Serranía de Honda.

Se alzaron los paisanos formando partidas y entre ellas hubo una

que mandó Lucas; formada en su casi totalidad con los cazadores de la sierra tomó sin saberse por qué el nombre de Curadores de Fernando VII; jente esperta en el terreno, ágiles de cuerpo y de corazón bravo era la partida que más daño hacía en las huestes invasoras. Cuando menos lo esperaban estas los tenían encima, sonaban unos tiros, caía jente y desaparecían los Curadores como nube que se levanta o como avión que vuela. Diríase que aquella jente era una avispa que picaba

con fuerza al ejército invasor y
que, cuando este, fiado en su propia
corpulencia que-
ría echarla ma-
no para aniqui-
larla, desapare-
cía a causa de
su misma pequenez y se deslizaba
allá en los montes bajo la inútil
puntería de los fusiles de los solda-
dos de Serra.



Los convoyes necesitaban ser escolta-
dos por regimientos enteros, los correos
eran formados por pelotones y el in-
vasor necesitaba para la cosa más

sencilla poner en juego un núcleo de hombres como para asaltar una fortaleza. Así pasó tiempo, los franceses metidos en la serranía talando, quemando y cometiendo atrocidades y los Tiradores de Fernando VII, única partida no disuelta, tomando las represalias.

Peró un amanecer, cerca del tajo antes dicho, un descuido de un centinela vendió a los guerrilleros; los franceses los sitiaron y a mansalva y a traición comencó sobre los cansados y dormidos tiradores un fuego incesante: la partida, desmo-

ralizada, retrocedió y se encontró ceñida; por tres lados vislumbrábanse, entre la bruma y el humo, los uniformes azules y blancos de los franceses y por el último quedaba el precipicio con sus rocas pizarrosas y allí en el fondo el arroyuelo que corría al par que los cañaverales oscilaban susurrando, que las adelfas hacían gala de sus flores pintorescas y que los pajarillos, ignorantes de los horrores de la guerra, trinaban armoniosos enviando al cielo, como acción de gracias su canto matutino. Los tiradores respondían al fuego

con el fuego y presentaban el pecho á las balas que llovían en torno de ellos; cada minuto surgia una blasfemia, se oía un golpe seco y ya sonaba un tiro ménos en las descargas de los españoles. Hubo un mo-

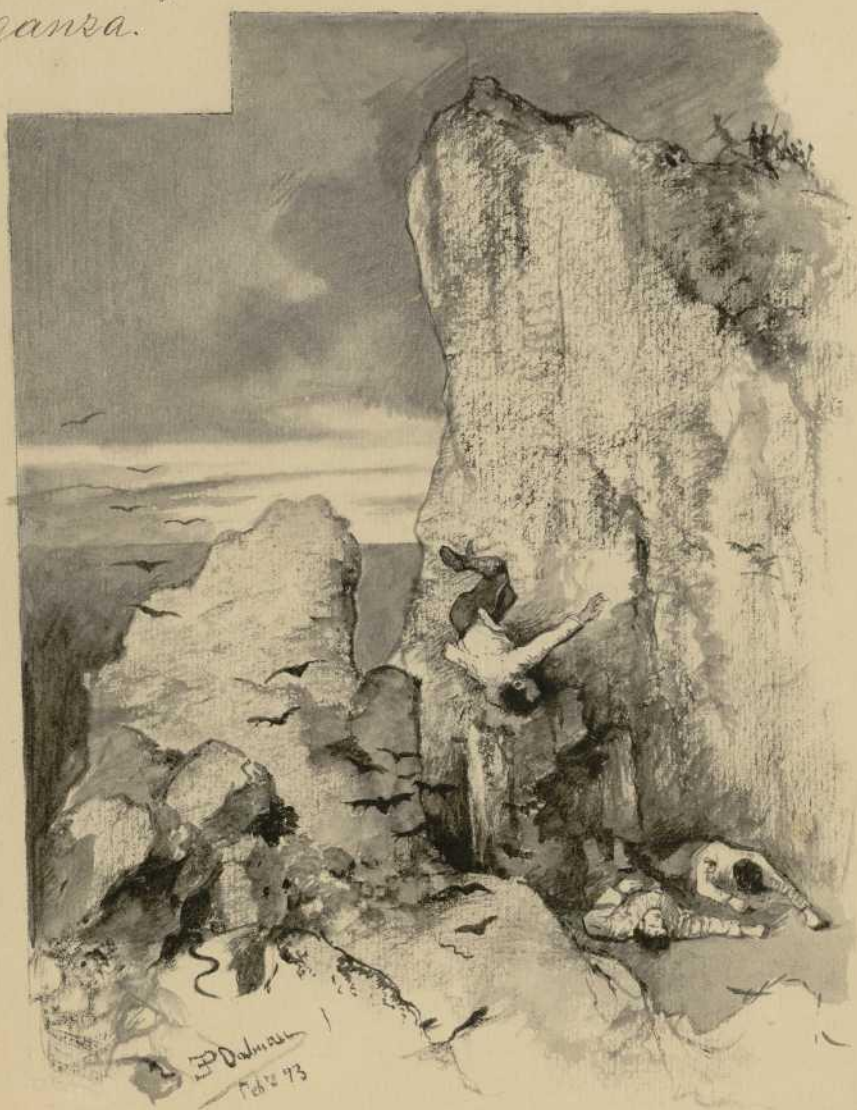


mento en que Lucas Pintallo cargó á navajeros con sus secuaces sobre los enemigos pero fue rechazado y volvieron las descargas cerradas y volvian á oirse las blasfemias y cada vez los tiros de la partida eran

ménos numerosos; los franceses avanzaban, por momentos iba siendo más reducido el espacio que los serranos defendían con tenaz empeño. Lúcas no sabía que hacer cuando uno de los suyos, que junto á él estaba, cayó hacia atrás, agujereado de un balazo; le faltó tierra, dió una vuelta en el aire y fue á caer al precipicio haciendo callar los gorjeos de los pájaros y quedando boca arriba como si quisiera inquirir el estado de la lucha: Lúcas miró á un lado y otro, sí los cinco hombres quedaban de pie en torno su-

yo, una nueva descarga redujo á
la mitad aquel puñado de héroes.
Entonces el labrador montañés
miró á los otros, señaló abajo y
comprendiendo todos la proposi-
ción arrojaron primero los fusiles
y luego se despeñaron con salvaje
sublimidad para no caer en ma-
nos de sus enemigos. Lucas recibió
un balazo en la caída que le per-
foró la sien; cuando fué recogido
del precipicio afirmaban que la
sangre coagulada del rostro tenía
la forma de una cuna y que de
ella veíanse salir cinco deditos

pequeños, pequeños como movien-
dose en señal de despedida o quien
sabe si agitándose pidiendo ven-
ganza.





Manuel Poy
Febrero 15 de
1893

Ahora verasté, dijo el guarda, porque tengo yo el odio que tengo a los franchutes, estés los que viven en las Luidas y con ellos alternan olvidarán quisa la gata que nos hicieron, pero la serania de Ronda y yo, probe guarda que na' valgo mi na' sé y que fumo

aquí tos los días, no lo olvidaremos
nunca.

En aquel momento una fuerte nie-
bla comenzó a descender hacia el
fondo del tajo, se encapotó el cielo
y cayeron algunas gotas. La niebla
que bajaba parecía desiguales co-
pos de algodón en rama, uno más
alto que todos, cerraba la marcha;
entre ellos se veían trozos del paisaje
como velados por una gasa; una li-
gera brisa los empujó de abajo y
subieron lentamente.

El guarda se levantó inmóvil, mi-
ró al precipicio, me miró a mí, escu-

cho luego las alegres voces de los casa-
dores entre las que descollaba un
couplet incendiario y, demudado,
lívido, convulso, gritó con voz estento-
rea y sublime.

- Ahí los tiene V. que vienen a pro-
testar de quien entra en la sierra;
osté no los vé? yo sí, y por cima de
las cañas de abajo y por bajo de
las mulecillas que suben los veo, sí,
los veo. Veo los sombreros calañe-
ses, veo las brillantes culatas de los
retacos y veo las caras ensendiás
por la ira que suben parrita: pe-
ro, Don Antonio, osté no los vé?

*pos mirálos esté; en esta nubecilla
blanca que ya llega sube Lucas
Pintallo del precipicio y aquellas
que vienen detrás traen sobre sí pa-
ra vengarse, y la venganza es justa,
a los Giradores de Fernando VII*

Madrid, Abril 1892.









LO
MADOR
DE
ERNA
VII

MS.
110